

carne cruda para comer y cierta conmoción casi inexplicable que experimentó el czar cuando llegó a sus oídos el toque de las innumerables campanas de Pskoff, movieronle a no llevar a cabo sus proyectos, contentándose con entregar al saqueo de sus opritschnikes las casas de los ricos. Las víctimas que con este motivo sucumbieron no entraban en la cuenta.

Ivan tenía prisa por regresar a Moscú, donde pensaba dar un gran golpe. Cerca de cinco meses de minuciosas investigaciones invirtió en buscar los materiales precisos para condenar a los traidores que todavía quedaban: hicieron muchas prisiones y con ayuda del tormento a que fueron sometidos todos los acusados, se reunieron las pruebas suficientes. La sentencia debía ejecutarse en presencia de todo el pueblo de Moscú: el día 25 de julio levantáronse en la llamada Kitaigorod, la gran plaza mercado de aquella ciudad, diez y ocho horcas, varios instrumentos de martirio y una inmensa hoguera sobre la cual se colocó una gran caldera de agua. Los habitantes de Moscú estaban poseídos del mayor terror: cuando Ivan se presentó al són de platillos montado a caballo y acompañado de su hijo mayor y de sus boyardos y favoritos, no había en la plaza nadie más que los opritschnikes y las trescientas víctimas escogidas. El czar hizo conducir por fuerza al pueblo al lugar del suplicio para que fuese testigo de su justicia y después de haber perdonado la vida a 180 acusados, comenzó la ejecución de los otros 120, que perecieron en medio de los más horribles martirios, superiores a cuanto pudieron imaginar los más malvados emperadores romanos y los más sanguinarios déspotas de Oriente. El terrible espectáculo duró cuatro horas. El primero que sucumbió fué el canciller Wiskowaty, a quien se culpaba de haber mantenido traidoras relaciones con Crimea, luego siguió el tesorero y así sucesivamente, Basmanoff y Wjasemsky, antiguos favoritos del czar, habían perecido antes en el tormento.

Terminada la ejecución, el czar dió una vuelta alrededor de la plaza y envió a buscar a las esposas de los dos ejecutados más ilustres para gozarse primero en su desesperación y luego en sus martirios cuando les hizo dar tormento. Después de tres días de descanso, hubo otro día de ejecuciones. Las esposas de los nobles a quienes se había dado muerte fueron ahogadas.

No se sabe a punto fijo si estas últimas ejecuciones fueron motivadas por algo más que por una mera sospecha; y aunque sería de desear en honor del pueblo ruso que éste hubiese sentido cuando menos el deseo de librarse del inhumano déspota, es lo cierto que no hay de ello prueba alguna, aunque Ivan estaba realmente dominado siempre por la manía de la persecución y convencido de veras de que le era de todo punto necesario defenderse. Actualmente algunos escritores rusos tratan no solo de disculpar sino de glorificar a Ivan IV; de este hecho únicamente puede deducirse que otro tirano como él todavía sería admitido en el imperio moscovita.

Por lo demás, aquel soberano presa de la suspicacia, del miedo y del espíritu de venganza, fué en su interior sumamente desdichado, y de ello tenemos elocuente testimonio en el testamento que redactó en 1572. Las sombras contra las cuales luchaba habían llegado a ser para él una realidad, viviendo plenamente convencido de que se vería arrojado del reino por sus boyardos y de que tendría que entablar una lucha de vida ó muerte contra los enemigos de su casa para defenderse a sí mismo y a sus hijos. Ante este impulso de la propia conservación cedían todos los demás sentimientos y en su ánimo nunca surgió la idea de que tenía deberes que cumplir para con sus súbditos. Las extravagantes teorías genealógicas que acerca del origen de su familia profesaba, llegaron a persuadirle de que por sus venas corría

una sangre diferente de la de sus vasallos. En cierta ocasión dijo a un embajador inglés que todos los rusos eran unos bribones, y habiéndole aquel hecho observar riendo que también él era ruso, Ivan le contestó que no, que era de origen alemán. El texto del citado testamento de 1572 merece ser conocido; el prefacio del mismo recuerda una carta de Tiberio dirigida al Senado: «Mi cuerpo—dice—está extenuado, mi espíritu ofuscado, el virus venenoso de mi alma y de mi cuerpo se aumenta sin cesar, y no hay médico que pueda curarme. Yo esperaba que alguien se compadeciera de mí, pero nadie se me ha acercado. No busqué quien me consolara, porque todos correspondieron a mi bondad con maldades, a mi amor con ódios.» Encarga a sus hijos que no confíen en nadie y que no cuenten de haber conseguido esto, el hermano menor reciba un principado parcial, bien que sometido siempre a la dependencia del mayor, al cual en nada deberá aquel contrariar ni resistir. Deja al arbitrio de su sucesor la facultad de conservar ó suprimir la Opritschnina y advierte a sus hijos que se acuerden de las almas de sus mayores, aunque se vean perseguidos y desterrados, y procuren hacer por ellas cuanto puedan dedicándoles liturgias, funerales, letanías, limosnas y oraciones.

Los sentimientos y las ideas del czar no variaron ya ni en lo más pequeño: la Opritschnina subsistió, aunque en los últimos tiempos con el nombre de «corte»; la desconfianza contra el territorio común no solo no disminuyó, sino que llegó hasta el punto (probablemente en 1575) de otorgar el título de czar y el gobierno de la porción de Rusia que no pertenecía a la Opritschnina a un tártaro bautizado, Simeon Bekbulatowitz, el cual por espacio de algunos años ciñó la corona y empuñó el cetro, pero en realidad sin ejercer poder alguno, y desapareció olvidado en cuanto Ivan creyó necesario alejarle.

Para terminar el casi inagotable tema de las ejecuciones decretadas por el terrible czar, debemos hacer mención de un notable documento que en el convento de San Cirilo de Bjeloosero encontró en 1809 el senador Borosdin, durante un viaje arqueológico que hizo por algunas provincias del imperio. Consistía en unas cuantas hojas de tamaño 16.<sup>o</sup>, cuyo texto explicaban las siguientes inscripciones consignadas en los libros del monasterio: «El czar, gossudar y gran duque Ivan Wassilyewitz ha regalado 900 rublos para los proscritos cuyos nombres están citados en el Sinódico, y en memoria de los cuales se cantan misas de difuntos, liturgias y letanías el sábado de carnestolendas.»

En otro lugar se dice: «El sábado de carnestolendas para los proscritos, asesinados, ahogados y quemados con sus esposas, hijos y criados. Los nombres de todos están en el Sinódico. Las misas de difuntos se cantan en comun. El czar y gran duque Ivan Wassilyewitz ha señalado para este objeto 2,200 rublos sobre dos fincas.»

Sigue luego en el Sinódico la lista casi interminable de víctimas; después de la de aquellas personas que han de ser tenidas presentes en todos los servicios divinos y entre las cuales hay tres de la familia del czar: Eudoxia, María y Alejandra. «¡Piensa, Señor, en las almas de tus siervos y siervas difuntos de nuestro tiempo, desde Adán hasta nuestros días! ¡Piensa en ellas, Señor! ¡Piensa en las almas de la zarina, de sus dos hijos y de los diez que les ayudaron; de Ischuk, Bogdan, Ivan, Ivan, Ignati, Grigori, Feodor, Istom; del príncipe Wassili de Rostoff, de Nikisor, Wassili, Wassili C hlunew, etc., etc.; en las de los veinte hombres de Ivanow

de la aldea de Komenskoje; en las de Miguel Masiloff, de los 39 de Gubina... de los 87 de Matweitschewo... piensa, Señor, en las almas de tus siervos de Nowgorod en número de 1,505 hombres (1)!»

Por los acontecimientos de Pskoff toma el czar sobre su conciencia 190 almas, y después de esto continúa la larga serie de nombres, entre los cuales aparecen a veces intercaladas algunas cifras, cuando Ivan no se acuerda detalladamente de los individuos. Posteriormente añadió el czar una lista complementaria que comprendía 580 nombres, en su mayoría procedentes de anteriores tiempos, resultando un total de 3,248 almas; pero es indudable que cometió error de cálculo, pues al final de la lista y como si se tratara de un libro de cuentas comercial, se dice: «Esto suma 3,470 personas.» Y aun podríamos demostrar a Ivan que no contó ni con mucho a todas sus víctimas, pues faltan, entre otras, el metropolitano Felipe, de cuya muerte no quería él ser culpable, y tres de los cuatro hijos del príncipe Wladimiro Andreyewitz por él envenenados, de los cuales solo cuenta a una hija, siendo probable que en ninguno de estos dos casos la omisión sea debida a falta de memoria, sino más bien a haber el czar inventado alguna razón que le permitiera echar la culpa a otro. Faltan, finalmente, en esta lista todos los que no profesaban la religión rusa, pues los innumerables prisioneros protestantes de Livonia que Ivan mandó asesinar en distintas ocasiones no entraban, según él, en la cuenta, ni tampoco los que hizo matar en el territorio enemigo por crueldad ó por gusto. La suma de todas las víctimas inmoladas a su furor tiránico es incalculable.

Casi parece increíble que precisamente en este período en que las maldades del czar llegaron a su más alto grado, se abrieran ante él perspectivas políticas de gran trascendencia.

## CAPITULO VII

### LA CRISIS EN POLONIA Y EL CZAR

A pesar del edicto de 13 de enero de 1557, el movimiento reformista había adquirido en Polonia gran incremento, bien que ganando más en extensión que en intensidad. A fines del año 1550, contábase entre las 25,000 familias de la Szlachta unas 1,000 protestantes; el elemento alemán de la Reforma habíase casi exclusivamente dirigido a las ciudades sin tocar para nada a la población rural.

La fuerza de la Reforma estribaba en la alianza de la Szlachta con el protestantismo, y hasta los círculos católicos de los szlachtiztes miraban con simpatía la idea de que la Iglesia estuviera sometida al Estado. Cuando la Szlachta se hizo cargo en la Pequeña Polonia del gobierno de las comunidades reformistas, esta situación se amplió hasta llegar al pensamiento general, prescindiendo de diferencias religiosas, de que en toda Polonia la Szlachta fuese señora del clero como ya lo era de las clases media y rural. Varias causas contribuyeron a que pareciese posible el logro de tales fines.

En distintas ocasiones hemos visto hasta qué punto la Reforma se ponía al servicio de la pequeña nobleza polaca: la libertad religiosa solo regía en el fondo para aquella aristocracia, de cuya superficialidad de ideas son buena prueba el no haberse publicado una traducción de la Biblia hasta el año 1563, el haberse expulsado a los sacerdotes católicos sin reemplazarlos en muchos casos con sacerdotes protestantes y el no haberse hecho casi nada para fomentar la enseñanza,

(1) En esta cifra solo cuenta los que él mismo asesinó ó condenó, pues Kurbsky pretende que en un solo día perecieron más de 15,000; otras fuentes hablan de 27,000, y el fidedigno cronista pleskovié de 60,000.

especialmente la popular, que en todas partes constituye la más poderosa palanca de las «doctrinas puras.»

A esto se agregaba la imposibilidad del acuerdo común entre los distintos grupos protestantes en lo tocante a la cuestión de dogma y a la constitución de la Iglesia, acuerdo que no pudo conseguir ni siquiera un personaje tan notable como Jan Laski, que desde 1556 a 1560 trabajó en la organización de las comunidades calvinistas en la Pequeña Polonia. Laski no logró llegar a entenderse con la Gran Polonia, donde dominaban las doctrinas hussitas; y después de su muerte la misma organización por él establecida en la Pequeña Polonia fué modificada en el sentido de conceder al elemento laico, que valía tanto como decir a la Szlachta, mayor influencia sobre la Iglesia. Tampoco era posible encontrar respecto de los luteranos un terreno dentro del cual



Moneda de oro de 10 ducados, del rey Segismundo Augusto de Polonia.

Acuña para Lituania. Inscripción del anverso: † SIGIS. AVGVSTVS. D. G. REX. POLONI. MAG. DVX. LITVA; en el campo el busto coronado del rey y a los dos lados la cifra del año 1562; alrededor una corona. Inscripción del reverso: † MONETA. MAGNI. DVCATVS. LITVAN. IO. FLOR. AVR; en el campo un caballero lituano y debajo de él un signo de significación dudosa. — Tamaño del original, existente en el Museo Numismático de Berlín.

podiera llegarse a una confesión de fe igualmente aceptable para todos, y por fin quedaron completamente desvanecidas todas las esperanzas de unión cuando los socinianos se establecieron en Polonia.

La tendencia de los radicales antitrinitarios nacida en Italia halló en Polonia un suelo altamente favorable a su desarrollo. Dos años después de haber sido quemado Servet en Ginebra (1555), ya oímos hablar de los adeptos que sus doctrinas tenían en Polonia y decir ora de este, ora de aquel sacerdote, que eran sospechosos; pero mientras vivió Jan Laski los antitrinitarios no se atrevieron a darse a conocer públicamente como tales. Jorge Blandrata y Lelio Socinus (este último había llegado a Polonia entre 1558 y 1559) no hicieron profesión pública de sus doctrinas hasta 1561, causando desde entonces grandes bajas en las filas calvinistas. Aunque anatematizados solemnemente en 1562, fueron ganando cada día más terreno, uniéndoseles en Polonia y en Lituania todos aquellos a quienes la antigua Iglesia no podía retener. La doctrina de los socinianos, que por su radicalismo no retrocedía ante las más atrevidas consecuencias, tenía especiales atractivos para el espíritu eslavo. Cuando en 1563 los antitrinitarios pasaron revista de las fuerzas que se habían atraído, contaban con 42 predicadores; en 1566 ya les vemos representados en la cámara de diputados. A Polonia podía aplicarse de hecho el siguiente atrevido epigrama:

*Alta ruit Babylon: destruxit tecta Lutherus,  
Muros Calvinus, sed fundamenta Socinus.*

No podemos entrar aquí en los interesantísimos detalles de este acontecimiento y solo diremos que el mismo catolicismo fomentó el florecimiento de las numerosas sectas anti-

trinitarias porque veía en ellas un elemento de descomposición y porque á pesar de todas las herejías, aun esperaba asegurar la victoria á la unidad de la Iglesia en el sentido católico. No era ciertamente de esperar que el catolicismo polaco llegara á un renacimiento por sus fuerzas propias: todo el episcopado, incluso el entonces primado Jacobo Uchanski (desde 1562 arzobispo de Gnesen), sentía la influencia de las teorías libre-pensadoras y se hallaba dominado por la idea de establecer una iglesia nacional polaca. La dieta de 1562 á 1563 instó directamente al rey para que tomara á su cargo la cuestion de la Reforma, y viendo que retrocedía temeroso ante la solucion de esta cuestion, intentóse con grandes probabilidades de éxito conseguir de él un rompimiento con Roma por motivos análogos á los que habian inspirado á Enrique VIII de Inglaterra.

Segismundo Augusto estaba, á la sazón, casado en terceras nupcias con la archiduquesa Catalina de Austria, á quien no profesaba ningun afecto y que no le ofrecía probabilidad alguna de descendencia. Aunque la legitimidad de este matrimonio podia ser combatida por cuanto Catalina era hermana de la primera esposa del monarca, no habia que esperar que el Papa decretara su disolucion. Si en vista de esto el rey solicitaba y obtenía este divorcio de un concilio nacional, quedaban satisfechos los deseos de los neo-creyentes y aun de los szlachtizes católicos. En la dieta de 1565 los protestantes fueron los primeros en suscitar esta cuestion del divorcio y solo con grandes esfuerzos consiguió el nuncio pontificio parar el golpe que amenazaba.

Es indudable que si Segismundo Augusto hubiese tomado una pronta y enérgica resolucíon, toda la Polonia se habria puesto casi sin reparo á su lado. Los obispos ya le llamaban su jefe y su juez y él mismo declaró que estaba dispuesto á casarse aunque fuera con una mendiga, con tal que le diera un hijo. La futura reina fué encontrada en la persona de una hija del príncipe Nicolás Radziwil, el jefe de los protestantes lituanos. En aquel mismo año convocó Uchanski á los obispos á un sínodo para someter á su discusion las cuestiones del matrimonio de los sacerdotes y del cáliz de los laicos; pero los inauditos esfuerzos del nuncio pontificio, Commendone, consiguieron evitar que el sínodo se reuniera, despues de lo cual el nuncio, poseído su ánimo de grandes temores, salió de Polonia y marchó á Roma para dar personalmente cuenta de los peligros que entrañaba la situacion.

Tres causas salvaron el porvenir del catolicismo en Polonia en aquellos años de supremos peligros: la falta de energía del rey, la cuestion de la union con Lituania y la actividad del cardenal Hosio y de los jesuitas. Segismundo Augusto mostróse vacilante y débil desperdiciando las circunstancias mas propicias á la realizacion de sus planes: en 1570 Uchanski todavía estaba dispuesto á decretar por su propia autoridad la disolucion del matrimonio del rey, pero poco despues rodearon á éste de cortesanas y entregado á toda suerte de excesos que acortaron su vida, acabó por perder su fuerza de voluntad y su energía, y aun cuando la posibilidad del divorcio, mientras vivió el monarca, no dejó de amenazar á la Iglesia católica á manera de nube preñada de tempestades, nunca cayó el rayo porque siempre se conseguía desviar el ánimo del rey hácia otros objetos.

Uno de los mejores medios para apartar al monarca de la cuestion religiosa era la cuestion de la union de Polonia y Lituania.

Desde el casamiento de Jaguillon con Eduvigis, el plan de la union no habia sido nunca olvidado (1). En 1401, 1413, 1499 y 1501 los polacos trabajaron para su realizacion y ob-

(1) Véase el *Diario* de la dieta de union de Lublin, San Petersburgo, 1869, con una introduccion de Kojalowitz.

tuvieron una serie de valiosos privilegios, todos ellos encaminados á la completa union de los dos reinos. Ultimamente se habia consignado en una declaracion de 1564 que Polonia y Lituania debian formar un solo reino y un solo pueblo con un solo soberano, el rey de Polonia. Pero la union que en Lituania se deseaba era de muy distinta naturaleza: los lituanos querian conservar la completa independencia en todas las cuestiones de la vida interior, de la constitucion y de la administracion y únicamente en el caso de una guerra unirse en una dieta nacional con Polonia; además, el rey no debia ser elegido en comun sino separada y libremente por cada una de las partes. Sobre estos puntos libróronse reñidas contiendas: los lituanos observaban con razon que la declaracion de 1564 habia sido aprobada contra su voluntad y despues de haberse ellos retirado de la dieta, y que tampoco habian obtenido su aprobacion los privilegios de 1413 y de 1501. Cuando se reunió por fin en Lublin, en 10 de enero de 1569, la dieta de union, las dos partes interesadas discutieron acalorada y enérgicamente sobre este antagonismo de principios: los polacos, que eran los mas fuertes, pues que á su lado estaba el rey, exigían de los lituanos «que juraran fidelidad á la corona de Polonia, que se reunieran con ellos en una dieta nacional y que trataran las cuestiones polaco-lituanas como si fueran de un solo reino.» Podían, además, contar para el logro de sus fines con la pequeña nobleza lituana, que oprimida duramente por los príncipes y por las familias senatoriales no disfrutaba ni con mucho de la independencia y del poder de que gozaba la Szlachta polaca. La situacion de igualdad que se les ofrecía era un cebo poderoso al cual difícilmente podian resistir. A esto se añadía que Segismundo Augusto como gran duque de Lituania podia ejercer mucha mayor influencia que como rey de Polonia, lo cual aprovechaba al partido unionista polaco. Este partido, que en Polonia trabajaba constantemente para disminuir las atribuciones de la monarquía, necesitaba á la sazón la autoridad del rey para dejar á un lado las justas pretensiones de los lituanos, que pedían algun apoyo para conservar su carácter nacional. Desde muy antiguo el sentimiento monárquico era mucho mas intenso en Lituania que en Polonia, y así se demostró patentemente en los debates de la dieta, sobre todo en cuanto á los territorios habitados por una poblacion rusa. Para Polonia hubiera sido mas conveniente que el rey, ayudado por los lituanos, hubiese debilitado en su país el régimen democrático de la nobleza en vez de democratizar, como entonces queria hacerlo, á la aristocracia lituana, obligándola á entrar en la potente organizacion de la pequeña nobleza polaca.

Sorprende en alto grado el proceder innoble que con los lituanos siguieron el rey y los polacos: Segismundo Augusto se puso de acuerdo con sus estados para engañar y sorprender á los lituanos, habiendo esta política dado los resultados que él apetecía en un gran número de casos aislados (2); pero este objetivo político debia ser á la corta ó á la larga la ruina de ambos Estados. Además constituían un poderoso estímulo para la union el temor que inspiraban en Lituania las armas rusas y la negativa de parte de Polonia de todo auxilio mientras tal union no se realizara.

El resultado exterior de la dieta, en sus rasgos principales, fué que habiendo Segismundo ordenado, en fuerza de su autoridad real, á los lituanos que consintieran en la union, estos altamente indignados se retiraron de la asamblea y se apercibieron á defender con las armas en la mano su propia independencia; pero los polacos destruyeron toda resistencia induciendo al rey á unir aisladamente con Polonia aquellos

(2) Véase Kojalowitz, obra citada, X y XI.

territorios en los cuales, á pesar de todo, se mantenía inquebrantable su autoridad. Así se hizo con Podlaquia primero, despues con Wolhynia y finalmente con Kieff, y los pocos que se negaron tenazmente á reconocer tal acto de violencia fueron destituidos de sus empleos y vieron confiscados sus bienes, perdiendo Lituania de una sola plumada sus mas ricas provincias y quedando con tal modo debilitada que no tuvo otro recurso sino ceder de la manera mas ventajosa que le fué posible. La codicia con que los polacos aspiraban desde muy antiguo á la posesion de Wolhynia estaba satisfecha: en cuanto al resto de Lituania, lo conquistaron ya sin ninguna dificultad. Cuando Segismundo, siguiendo el deseo de los diputados, promulgó el privilegio por estos mismos redactado que establecía la union de Lituania y Polonia sobre la base del último privilegio del rey Alejandro y de la declaracion de Varsovia, se cortaron las alas á los lituanos, segun su propia frase. Una embajada que enviaron á Lublin para conseguir la revocacion del decreto de union y el aplazamiento de toda solucion definitiva hasta la próxima dieta, fracasó por completo, y como una vez perdidas para ellos Wolhynia, Podlaquia y Kieff les era imposible hacer la guerra y como, además, la pequeña nobleza lituana empezaba á abandonar á los magnates, estos no pudieron hacer otra cosa mas que someterse. Por sus embajadores primero *é in corpore* despues volvieron á la dieta y se declararon dispuestos á aceptar la union tal como el rey Alejandro la habia formulado, hecho lo cual conservaron cierta apariencia de autonomia, representada por sus funcionarios, por su sello propio y por los títulos de gran duque y de gran ducado. Los polacos se consideraron ya entonces tan seguros, que toda condescendencia les pareció inútil, en vista de lo cual y tras largas discusiones resolvieron los lituanos dejar á la voluntad del rey la solucion de la cuestion íntegra. El día 27 de junio de 1569 presentaron los senadores lituanos delante del monarca y de los estados polacos, el estarosta de Samaiten tomó la palabra é imploró del rey ayuda para Lituania con lágrimas en los ojos y prosternándose él y todos los senadores y diputados lituanos. Como esta fué la última vez que habló la Lituania independiente, creemos que merecen sus palabras ser consignadas.

«¡Augustísimo y muy bondadoso rey! — empezó diciendo el estarosta de Samaiten, — Vuestra Alteza sabe que nuestro asunto ha sido discutido en todos sus aspectos por los senadores y los estados del gran ducado de Lituania. La situacion ha llegado á tal extremo, que no podemos resolvernos, sin violentar nuestra conciencia, á ceder en lo que hemos pedido á los senadores del reino.

»Por esto hemos acudido como súbditos leales y obedientes á Vuestra Alteza para exponer el estado en que el asunto se encuentra, es decir, para declarar que el viernes último aceptamos todos los puntos que abarca la union, excepto los cinco siguientes: 1.º el de la sucesion; 2.º el de Livonia; 3.º el del sello; 4.º el del acta de Varsovia y 5.º el del privilegio de Lublin. Por mandato de Vuestra Alteza nos hemos dejado arrancar tambien con profundo dolor y violentando nuestra conciencia el consentimiento sobre estos cinco puntos: cuánto esto nos ha dolido, no podemos expresarlo con palabras. Como hijos leales de la patria, estamos obligados á procurar su bien con todas nuestras fuerzas y la asamblea entera es testigo de que en la medida de esas fuerzas hemos defendido esta patria nuestra, que hasta hoy hemos conservado íntegra con nuestra sangre y con nuestras vidas; pero si ahora no podemos ofrecerle ayuda, habremos de ceder á las circunstancias, *fatis et temporis*.

»Cederemos, sí, pero no ante un decreto sea cual fuere sino ante la voluntad de Vuestra Alteza, que hace cumplir las leyes y es nuestro soberano á quien nosotros hemos prestado

juramento. De esta suerte consentimos en que, en lo sucesivo, los privilegios y las cuestiones comunes á ambos países sean sellados con un solo sello. Accedemos á ello llevados de nuestro amor fraternal para que no se crea que queremos separarnos del soberano de Polonia y de su Estado. Para tales documentos úsese en buena hora un solo sello, pero que para los demás subsista el sello lituano.

»Consentimos tambien en aquello que tan vivamente demandamos cuando vinimos, es decir, en que nuestro floreciente reino continúe tal como ha sido hasta ahora, aunque en lo futuro no constituya Lituania un Estado especial.

»Por lo que hace á Livonia, Vuestra Alteza sabe cómo hemos defendido este país contra los enemigos, cuántos sacrificios nos hemos impuesto y cuán á menudo hemos derramado por él nuestra sangre y expuesto nuestras vidas. Y lo que es mas importante, hemos jurado á los livonios que permanecerían unidos á Lituania: si ahora, á consecuencia de los consejos ó de las exhortaciones recibidas, quiere Vuestra Alteza separar de nosotros á los livonios, nada tenemos que oponer á ello, pues la separacion que Vuestra Alteza decreta nos relevará de nuestro juramento; pero como, segun acabo de decir, hasta el presente hemos defendido ese país contra todos los enemigos y lo defendemos todavía con nuestras vidas y haciendas, seria equitativo que por ello se nos indemnizara.

»Fáltame hablar solamente de la sucesion, del acta de Varsovia y del privilegio de Lublin. ¡Augustísimo y muy bondadoso rey! Poseemos privilegios otorgados por los antepasados de Vuestra Alteza que demuestran que hemos elegido libremente á nuestro soberano. Cuando el padre de Vuestra Alteza se encontraba en la apartada Silesia, nuestros mayores le eligieron y fueron en su busca, segun él mismo lo ha atestiguado. La memoria gloriosa del padre de Vuestra Alteza atestigüa tambien que os elegimos libremente cuando todavía érais un niño. Asimismo en los tiempos de vuestros abuelos y de vuestros bisabuelos, nuestros soberanos gobernaban sobre nosotros, no por virtud del principio hereditario, sino en fuerza de nuestra eleccion libre. Pero sea cual fuere el derecho hereditario que Vuestra Alteza pueda haber tenido sobre Lituania — si es que puede existir derecho hereditario allí donde preside la libre eleccion — una cosa se ofrece clara á nuestros ojos y es que este derecho hereditario por Vuestra Alteza transmitido á la corona de Polonia en virtud del acta de Varsovia y del privilegio de Lublin, nos convierte en esclavos del reino, pues si podemos ser transmitidos por herencia y Vuestra Alteza nos traspasa de esta suerte á la corona de Polonia, es evidente que con los demás territorios hereditarios caemos en la servidumbre del reino.

»Por esta razon, despues de bien meditado el asunto, con la mejor buena fe, creemos que no nos es posible, si queremos conservar nuestra fama, consentir ni tolerar que en el privilegio de union que nosotros y los soberanos de Polonia recíprocamente nos concedemos se haga mencion del acta de Varsovia ni del privilegio de Lublin. Este privilegio, por el cual Vuestra Alteza ha cedido el derecho hereditario al reino, nos es desconocido, nunca hemos oído hablar de él ni de él hemos tratado con nadie. Vuestra Alteza comprenderá que, como hombres honrados, no podemos dar fuerza á tales cosas con nuestro consentimiento.

»Además, no es costumbre que los siervos regalados sancionen el acta de su cesion á sus señores y si nosotros sancionáramos el acta y el privilegio robusteceríamos nuestra sujecion hereditaria y con ella nuestra servidumbre respecto del reino de Polonia.

»Como no tenemos á quien dirigimos en demanda de auxilio mas que á Dios y á Vuestra Alteza, nuestro bondadoso soberano..... defensor de nuestros derechos y ungido de Dios,

nos presentamos delante del trono de Vuestra Alteza: aquí hemos venido espontáneamente y espontáneamente estamos delante de Vuestra Alteza como súbditos fieles y obedientes. Humildes imploramos que nuestro asunto se resuelva de modo que no se nos imponga á nosotros y á nuestros descendientes la servidumbre y el oprobio. ¡No tolere Vuestra Alteza que se nos deshonre! ¡Realícese la union sin que sobre nosotros caiga la mas pequeña mancha!

»Sea, pues, Vuestra Alteza mismo, defensor y «moderador» en este asunto; si se resuelve dentro de un criterio de amor, lo consideraremos como la mayor gracia que pueda sernos otorgada. Para nosotros y para nuestros nietos seria altamente doloroso que el tiempo demostrara que esta cuestion no debía inspirar amor sino temores y que hubiéramos de echarnos en cara el haber reconocido nuestra servidumbre.

»Nuestra situacion es tal que en humilde súplica caemos á los piés de Vuestra Alteza.» Todos se arrodillaron derramando copioso llanto mientras el estarosta de Samaiten proseguia en estos términos:

«¡Señor! En nombre de Dios te rogamos que te acuerdes de nuestros servicios, de nuestra lealtad y de la sangre que hemos derramado. Dignate atendernos, haz que nuestro honor se mantenga incólume, que no seamos objeto de burla y de desprecio, que nuestro buen nombre y tu real conciencia no sufran el menor menoscabo. ¡En nombre de Dios te suplicamos que te acuerdes de lo que con tu juramento nos prometiste!»

Al decir estas palabras levantáronse llorando. «De nosotros mismos, los polacos, pocos eran los que no lloraban ó no se sintieran movidos á compasion, y muchos senadores derramaron abundantes lágrimas.»

Todas estas lágrimas, sin embargo, resultaron inútiles. El obispo de Cracovia y algunos senadores pronunciaron frases tranquilizadoras y en igual sentido tomó dos veces la palabra el monarca, que aunque aparentemente se manifestaba muy conmovido, insistió en que la union debía aceptarse sin que los lituanos obtuvieran concesion alguna. El día 1.º de julio tuvo efecto la ceremonia de jurar la union, prestando el juramento primero los senadores del reino, luego los del gran ducado de Lituania y finalmente los diputados de uno y otro. Al final prodújose una escena singular: cuando los senadores polacos juraban, daban gracias á Dios que les habia permitido ver realizado tan memorable suceso y lloraban tan copiosamente que el canceller que leía la *rota juramenti* no pudo contenerse y tuvo que entregar al gran mariscal la fórmula juratoria para que la leyera, hasta que pasado un rato se tranquilizó y volvió á desempeñar su cometido hasta el final del acto. Al llegarle el turno, el miembro de la cámara baja, Sieniczki, se negó á jurar por la fórmula de «así me ayude Dios, que es uno con la Santísima Trinidad, y su santo Evangelio,» y por mas que el rey mostró gran descontento por ello, nada pudo apartarle de su resolucion, mientras otros anti-trinitarios abandonaban el salon sin prestar el juramento.

Esto era un indicio claro de cuán conscientemente obraba la tendencia mas extrema.

Consecuencia necesaria de la union lituano-polaca fué que en lo sucesivo quedaron tambien anexionados formalmente al Estado unido el ducado de Curlandia y el llamado ducado transdúnico, es decir, la Livonia. Cristóbal de Mecklenburgo, que habia renunciado á todas sus pretensiones, fué destituido. Solo Riga se resistió á prestar el oneroso juramento, y solo en 1581 aceptó muy contra su voluntad la soberanía de Polonia. Con esto quedó consumada la obra de union, habiendo Polonia llevado á cabo una conquista casi sin igual en la historia.

Realizada la unidad política, tratóse entonces de conseguir la unidad religiosa sobre la base de los acuerdos del concilio tridentino, y al cardenal Hosio y á los jesuitas se debieron los progresos cada vez mayores que se lograban en este sentido, por desgracia de Polonia. Dada la manera cómo se manifestaba exteriormente la vida religiosa en esta nacion, no es de extrañar que fuese un extranjero quien tuviera la necesaria energia para hacer triunfar al nuevo catolicismo tal como resultaba de los esfuerzos del concilio de Trento y de la actividad de los jesuitas.

Este extranjero fué Estanislao Hosio (1). Nacido en Cracovia en 4 de enero de 1504 é hijo de padres alemanes, fué educado dentro de las mas severas doctrinas religiosas: estudió en Cracovia, en Padua y en Bolonia, y aunque afecto á las tendencias humanistas de la época, la Reforma no pudo apartarle de la fe de sus primeros años, antes bien las disensiones surgidas en el seno de la Iglesia protestante demostraban, en su sentir, la perfeccion y exclusiva verdad de la antigua doctrina, á la cual se propuso consagrar su vida y su inteligencia. Ya en tiempo de Segismundo I alcanzó una posicion brillante como secretario particular del rey, el cual se valió de él para el desempeño de importantes misiones diplomáticas, que le permitieron escalar rápidamente las mas altas dignidades de la Iglesia.

Ya en 1551 le encontramos de obispo en Ermelandia, puesto de gran importancia política, porque á él iba aneja la presidencia del consejo provincial prusiano. Con mucha antelacion á los demás comprendió claramente los peligros que á la Iglesia católica amenazaban en Polonia. Sin participar de las preocupaciones de partido de la nobleza polaca, vivia exclusivamente consagrado á los intereses de la Iglesia y donde quiera que podia destruía los propósitos de los protestantes, habiendo sido el mas resuelto adversario de la idea de reunir un concilio nacional polaco, idea tan peligrosa para la cristiandad. Su influencia se dejaba sentir así en dietas y concilios como en la corte del rey y su *Confessio fidei catholicae Christianae* era antes de la confesion de fe tridentina la mas correcta expresion de la ortodoxia católica. Por esta razon el papa Paulo IV encargó al nuncio Lippomani que en todos los asuntos pidiera consejo al leal obispo de Ermelandia.

Considerando la terrible crisis religiosa que se atravesaba, muy pronto creyó Roma imprescindible seguir el parecer de Hosio, el cual expuso al Papa sus opiniones sobre la situacion general de la Iglesia y en 1559, sin por eso renunciar á su obispado, entró al servicio inmediato de la Curia, cosa notable y no vista, que se explica por la gran importancia que á aquel hombre se concedia.

En 1560 le encontramos como nuncio pontificio en la corte de Fernando con la mision de conseguir la reanudacion del interrumpido concilio. Sabido es que logró su objeto, pero lo que generalmente se ignora es que ejerció poderosa influencia sobre el archiduque Maximiliano, el futuro emperador, y que consiguió — á lo menos se atribuye Hosio á sí mismo este mérito — apartarle de sus convicciones protestantes y volverle al seno de la doctrina católica. Premiado con el capelo cardenalicio, Hosio, como uno de los cinco legados pontificios, tomó parte muy activa en la direccion y en las tareas del concilio.

El «Dios de los papistas», como le llamaban los protestantes, rehufá todo compromiso. A fines de 1563 regresó á Polonia, donde permaneció hasta poco despues de realizada la union de esta nacion con Lituania. A él tiene que agra-

(1) Véase Eichhorn: *El obispo de Ermelandia y el cardenal Hosio*, Maguncia, 1834; Schukowitz: *El cardenal Hosio*, San Petersburgo, 1882 (en ruso); «Biografía alemana general», artículo *Hosius*, por T. Hirsch.

decerle la Iglesia católica que el rey reconociera los acuerdos del concilio tridentino y que la parte del clero afecta al protestantismo no consiguiera la reunion de los concilios provinciales ni la del tan deseado concilio nacional. Una circuns-tancia contribuyó muy especialmente á dar una importancia decisiva á esta última estancia del cardenal en el territorio polaco y fué la de que por sus instancias y formando parte de su corte pudieron los jesuitas sentar sus reales en Polonia.

Ya en Trento habíase puesto de acuerdo Hosio con el ge-

neral de los jesuitas, Lainez, sobre la necesidad de implantar la órden en Polonia, y en su consecuencia, en 1564 llegaron los primeros jesuitas á Heilsberg y en 1565 abrieron en Braunsberg su famoso colegio, que habia de ser el centro de la contra-reforma para todo el Norte y el Este de Europa. El nuncio pontificio Ruggieri pretende que desde 1566 á 1568, 10,000 almas habian sido reconquistadas para el catolicismo. Desde Ermelandia avanzaron los jesuitas hasta Plock y desde allí prosiguieron extendiéndose cada vez mas



STANISLAUS CARD. HOSIUS  
Creat. An. 1561. Mort. 1579

El cardenal Estanislao Hosio.

hacia el Sur y hacia el Este. En todas partes las bien organizadas escuelas de los jesuitas con sus excelentes profesores y su enseñanza gratuita hicieron desaparecer las escuelas reformistas; solo los socinianos les resistieron con fortuna, pudiendo jactarse tambien de algunos éxitos; pero precisamente los socinianos eran explotados por Hosio y por los jesuitas. Aun cuando lo mas grato para estos hubiera sido que el rey Segismundo Augusto de una sola plumada hubiera expulsado de su reino á todos los predicadores herejes, comprendian que esto era imposible y por tanto aconsejaban que *in praxi* se observara para con todas las sectas igual tolerancia, á fin de que luchando ellas entre sí se destruyeran unas á otras. «Todas, decian, son igualmente obra del demonio.» El socinianismo, sin embargo, ofrecia con su negacion de la Trinidad tan fáciles puntos de ataque, que poco les costó á los jesuitas conquistar á los timoratos y débiles, bastándoles con señalar aquella supuesta consecuencia necesaria de la Reforma. Una gran efervescencia se notaba en Polonia y en Lituania; los protestantes sentian temores por el porvenir; las provincias rusas unidas con Polonia consideraban, no sin

razon, amenazada su libertad religiosa; la union con Polonia, tal como habia sido violentamente impuesta á los lituanos, era considerada ya en 1569 y aun mas en los siguientes años como opresion y tiranía, y finalmente la cuestion del divorcio del rey y la completa incertidumbre sobre la sucesion del trono, todo contribuía á abrir ancho campo á las intrigas extranjeras. Los vecinos de Polonia comenzaron á agitarse á fin de estar preparados para el momento en que estallara la crisis que mas ó menos tarde habia de sobrevenir.

Las primeras en moverse fueron Suecia y Dinamarca; ésta, aliada con Segismundo Augusto, intentaba combatir las pretensiones del duque Magno; aquella, hostil á Polonia y á Dinamarca y en paz con Rusia, procuraba avanzar hacia el Sur desde Estonia, donde su situacion era firme y sólida. El duque Magno acariciaba la ambiciosa esperanza de casarse con la hermana del monarca polaco: dos veces, en 1565 y en 1569, habia pedido su mano y las dos habia sido rechazado, pues no se queria concederle la probabilidad de sucesion al trono de Polonia, que tal matrimonio le habria dado. Además de las pocas garantías que la persona del jó-